

Ruralidades que laten

Luis Ángel Soto de Anda ¹

En pleno siglo XXI, hablar del campo en México ya no se limita a la imagen tradicional de tierras de cultivo y herramientas agrícolas. El mundo rural ha comenzado a reconfigurarse como un espacio dinámico, estratégico y lleno de posibilidades, donde la vida cotidiana, la cultura y el medioambiente se entrelazan para dar paso a nuevas formas de desarrollo y organización.

Aunque la percepción generalizada lo ubica como un territorio rezagado, los indicadores muestran una realidad más compleja. En el Censo de Población y Vivienda de 2020, el Instituto Nacional de Estadística y Geografía refirió que existen 185,243 localidades rurales frente a solo 4,189 urbanas en todo el país. No obstante, mientras en 1950 más de la mitad de la población vivía en zonas rurales, en 2020 esa cifra se redujo a 21 de cada 100 personas.



¹ Universidad Autónoma del Estado de México

En el Estado de México, la magnitud del proceso de transformación rural es evidente: aunque existen 4,215 localidades rurales frente a solo 679 urbanas, apenas el 13% de la población habita en estas zonas rurales. Esta desproporción revela un fenómeno sostenido de urbanización, pero al mismo tiempo pone sobre la mesa el potencial y los desafíos que configuran la llamada nueva ruralidad.

Este enfoque plantea un cambio sustancial en la manera en que se entiende y se vive lo rural. La nueva ruralidad no solo reconoce la diversidad de los territorios y la pluralidad de las actividades que en ellos se desarrollan o pueden desarrollarse, sino que también reivindica su valor social, cultural y ecológico. Se trata de un concepto que desafía los estereotipos de atraso y marginalidad asociados históricamente al campo, para situarlo como un espacio de innovación, resistencia, posibilidades, pero sobre todo de progreso.

Según Pérez (2004), la nueva ruralidad rompe con la visión tradicional del mundo rural como sinónimo de agricultura, y destaca la importancia de actividades no agrícolas como el turismo, la artesanía, el comercio local, incluso el acceso a servicios básicos como salud y educación.

La transformación del campo no se impone desde arriba, sino que surge desde las propias comunidades. Estas, a través de procesos de autogestión, han sido capaces de identificar sus recursos, diseñar soluciones locales y diversificar sus fuentes de ingreso. El desarrollo local, tal como lo definen Gambarota y Lorda (2017), es un proceso socialmente construido que involucra a la comunidad en la identificación de sus propias necesidades y potencialidades, haciendo uso de sus recursos endógenos para mejorar la calidad de vida sin renunciar a su identidad. Esta perspectiva enfatiza la partici-

pación comunitaria, la autonomía en la toma de decisiones y la sostenibilidad a largo plazo.

Uno de los pilares fundamentales de esta transformación es la pluriactividad. Lejos de depender exclusivamente de la agricultura, muchas familias rurales han incorporado otras fuentes de ingreso como la pesca, la agroindustria, la producción artesanal o el turismo (en sus diferentes tipologías). Jarquín et al. (2017) explican que esta estrategia de diversificación explota al máximo las posibilidades del entorno rural y permite orientar políticas públicas hacia un crecimiento más inclusivo.

No se trata solo de generar más ingresos, sino de fortalecer la economía familiar, proteger el territorio y preservar los recursos. Ortiz y Villarreal (2021) destacan que el turismo rural, por ejemplo, además de representar una alternativa económica, es una herramienta para el fortalecimiento del patrimonio biocultural y la defensa del territorio.

En muchos lugares, el turismo rural ha adquirido un papel protagónico como forma de conexión entre lo rural y lo urbano. A diferencia del turismo convencional, este modelo se enfoca en experiencias auténticas, sostenibles y comunitarias, donde la naturaleza, la cultura y las personas son el centro.

Esta actividad permite a las comunidades generar ingresos adicionales, compartir su historia, conservar sus tradiciones y reafirmar su identidad. También contribuye a mitigar fenómenos como la migración forzada o la pérdida de saberes locales, al ofrecer alternativas viables para las nuevas generaciones dentro de sus propias formas de organización.

La nueva ruralidad también pone énfasis en la inclusión social. Lejos de ser un concepto neutro, incorpora una visión crítica que reconoce las desigualdades estructurales que históricamente han afectado al campo mexicano. Mujeres, pue-

blos originarios, juventudes y adultos mayores son actores fundamentales en este proceso de transformación.

La equidad de género, el respeto a la diversidad cultural y la participación activa son principios que atraviesan las nuevas dinámicas rurales. Para Palafox y Martínez (2015), este enfoque se basa en la autonomía para decidir su propio camino, la autosuficiencia en la producción y vida cotidiana, y la autogestión comunitaria para organizarse y avanzar.

El campo de hoy es mucho más que un espacio de producción agrícola. Es un territorio vivo, en el que la creatividad, el conocimiento tradicional y la capacidad organizativa se convierten en motores de cambio. La urbanización del campo y la ruralización de la ciudad son procesos que evidencian la interdependencia entre ambos mundos.

El intercambio de productos, ideas y prácticas no solo transforma las economías locales, sino que también enriquece el tejido social y cultural de todo el país. Como plantea De Grammont (2004), la nueva ruralidad no es solo un fenómeno demográfico o económico, sino una transformación profunda en la manera en que se concibe la vida rural.

En conclusión, la nueva ruralidad representa una oportunidad histórica para repensar el desarrollo desde abajo y con rostro humano. Es una apuesta por reconocer la riqueza de los territorios rurales, no como espacios marginales, sino como protagonistas de un modelo más justo, inclusivo y sostenible.

Al integrar la diversificación económica, la valoración del patrimonio, la participación comunitaria y la equidad social, este enfoque se convierte en una alternativa viable frente a los modelos extractivos y centralizados que han predominado en las últimas décadas. La ruralidad que hoy late en cientos de comunidades mexicanas no es la del pasado, al contrario, es una ruralidad viva, compleja, profundamente digna, que interpela y humaniza.





Bibliografía

De Grammont, Hubert C. La nueva ruralidad en América Latina, Revista Mexicana de Sociología, UNAM, Ciudad de México, 2004, Vol. 66 (Especial).

Gambarota, Dora M. y Lorda, María A. El turismo como estrategia de desarrollo local, Revista Geográfica Venezolana, Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela, 2017, Vol. 58, No. 2.

Jarquín Sánchez, Natalia Helena; Castellanos Suárez, José Alfredo y Sangerman-Jarquín, Dora Ma. Pluriactividad y agricultura familiar: retos del desarrollo rural en México, Revista Mexicana de Ciencias Agrícolas, INIFAP, Ciudad de México, 2017, Vol. 8, No. 4.

Ortiz, Hortensia T. y Villarreal, Leticia Z. Presentación: Turismo Rural en México, Revista Rosa dos Ventos – Turismo e Hospitalidade, Universidade de Caxias do Sul, Brasil, 2021, Vol. 13, No. 3.

Palafox, Adriana y Martínez, Mariana. Turismo y nueva ruralidad: camino a la sustentabilidad social, Letras Verdes. Revista Latinoamericana de Estudios Socioambientales, Universidad Andina Simón Bolívar, Quito, Ecuador, 2015, No. 18.

Pérez, Ernesto. El mundo rural latinoamericano y la nueva ruralidad, Nómadas, Universidad Central, Bogotá, Colombia, 2004, No. 20.

El presente artículo deriva del Programa "Investigadoras e investigadores del Consejo Mexiquense de Ciencia y Tecnología" (2025), en su modalidad Cátedra (folio: CAT2024-0083). Mi reconocimiento y agradecimiento al COMECyT por su compromiso con la promoción del conocimiento y el fortalecimiento de la comunidad científica.